



Los espárragos maravillosos

Tema de inagotables comentarios ha sido en todos los tiempos el de la educación del Príncipe. Entendido esto de príncipe en el sentido de heredero de un trono. O Benín, que es como se le llamaba entre los Borbones de Francia.

Ese tema ha producido por lo menos dos obras maestras: una en la literatura francesa y otra en la italiana. La francesa es el «Telémaco», de Fenelón, obispo de la Iglesia Católica Apostólica Romana, aunque en su tiempo sospechoso de inclinarse al quietismo místico, y la italiana es el tratado sobre «El Príncipe», de Nicolás Maquiavelo, secretario de la Señoría de Florencia. Pero ni a Fenelón ni a Maquiavelo se les ha solido seguir en esa educación.

Los emperadores romanos de origen pretoriano, los Augustos — que así se llamaban a sí mismos, — adoptaban como sucesor a uno, que no era menester que fuese hijo suyo, muy de ordinario un soldado de fortuna; le daban el título de César y le formaban junto a sí. Y cuando el augusto Diocleciano dimitió, en Nicomedia, su imperio, el mismo día su César Maximiano dimitía en Milán su sucesión al imperio.

Pero dejemos historias y vayamos a la historia natural. En la que D. Quijote llamaba «República» de las solícitas y discretas abejas hay una que los hombres llamamos reina, a la que un batallón de zánganos corteja para fecundarla y a la que mantienen y crían y educan las obreras, que son unas tías estériles, solteronas que trabajan y pican. Dicen los melitólogos — llamémosle así a los naturalistas que estudian la vida de la colmena — que la reina es reina por la educación que desde larva le dan las tías estériles. Empezan por instalarle en una celdilla especial, regia, y alimentarle de otro modo. Y luego la reina reina, pero no gobierna. Y el reinar de la reina de las abejas solícitas y discretas se reduce a estarse en su retiro, sufrir las acometidas de los zánganos y poner huevos, muchos huevos. Y no es la reina la que educa a su sucesora. O sucesoras si la colmena, por jabardo, se escinda.

Y ahora dejemos la historia natural de las abejas y vengamos a la historia natural de nuestra España de hoy, con sus obreros que trabajan y pican, su camarilla de zánganos y su corte.

En «El Liberab», de Madrid, del día 13 de este mes de junio, y bajo el título de «Los hombres de mañana. — ¡Hablaré con el príncipe!...», leemos una crónica en que Leopoldo Bejarano nos cuenta cómo habló con el señor conde del Grove, preceptor del Príncipe de Asturias, como antes lo había sido de su padre.

El señor conde del Grove, hombre discretísimo y muy leal, le dijo a Bejarano lo que no podía menos de decirle. Que el Príncipe se ría grandemente en el «cine» cuando a él le llevan... que «la distracción suprema de su alteza es cuidar

del jardín-huerta de la quinta del Pardo, donde, gracias a sus afanes y a sus iniciativas, obtiene una especie singular de espárragos maravillosos»...

Que se le lleve al «cine» a nuestro Príncipe está muy bien y que se ría en él grandemente está mejor. La risa, en un muchacho de su edad, puede ser muestra de excelente salud. Y si su alteza logra tomar el mundo a risa está salvado. Y más en el «cine» en el que ha de actuar.

Lo de los espárragos maravillosos es sorprendente. Criar espárragos maravillosos nos parece una muy acerada preparación para el arte de reinar sin gobernar. Acaso mejor que hacer saltar cochinillos por el aro, a uso del circo, ejercicio a que otro Príncipe se dedicó antaño. Los cochinillos que gruñen, cuadran al circo; pero al «cine», que es silencioso, le cuadran mejor los espárragos. Y en las maravillosas metamorfosis de la historia natural de la corte si los zánganos se convirtieron en cochinillos, saltadores del aro, no es difícil que los cochinillos lleguen a convertirse en espárragos. Charlot y Pinocho se dan la mano como pedagogos.

Pero la noticia acaso más interesante que nos da Leopoldo Bejarano es la de los retratos que adornan las estanterías de la habitación del preceptor del Príncipe. Hay allí retratos de la reina María Cristina, de la infanta Isabel, de la infanta Eulalia, del príncipe don Carlos con la malograda princesa de Asturias, de don Fernando con doña María Teresa, de la reina Victoria Eugenia y... del emperador, difunto, de Austria-Hungría, Francisco José. Este retrato de Francisco José, del que desencadenó la guerra, del que acabó de deshacer el imperio de Austria-Hungría, del penúltimo Habsburgo reinante, es el único de que Leopoldo Bejarano nos habla como figurando en la habitación del preceptor del Príncipe de Asturias junto a los de la familia real de España. Y ese retrato tiene acaso tanta significación como el cultivo de los espárragos maravillosos.

«¡Crea usted que no es envidiable la vida de un chiquillo que se educa para reinar en un país en estos tiempos tan difíciles!», nos dice Leopoldo Bejarano que le dijo el preceptor del Príncipe de Asturias. Y lo estaba oyendo el retrato del difunto Francisco José. ¿Lo oyó? ¿Lo habría oído, en su vida, el original mismo? Porque leyendo la historia — no siempre natural — del reinado de Francisco José se llega a dudar si este impasible soberano oía mejor que un espárrago, por maravilloso que éste sea.

¡De los cochinillos de circo a los espárragos de cine! ¡Dios nos coja confesados!

Miguel de UNAMUNO.

